

Celebración

Ruy Pérez Tamayo

Después de una comida memorable, Carlos Montemayor acaba de irse a regañadientes de mi casa, para cumplir con otro más de sus incontables compromisos con los medios, que lo asedian con sus demandas y con los que conserva relaciones dignas y responsables. Conocí a Carlos hace poco menos de veinte años, cuando lo entrevistamos como candidato al puesto de Secretario Académico de El Colegio Nacional, que por cierto ganó y desempeñó con gran eficiencia y responsabilidad durante casi cuatro años. Nuestra amistad surgió de inmediato, apoyada en afinidades culturales, ideológicas, literarias y musicales.

Muy pronto Carlos conoció al resto de mi familia e hizo grandes migas con mi hijo Ricardo, y especialmente con mi hija Isabel. La relación se reforzó todavía más gracias a nuestro inolvidable amigo en común Fernando Salmerón, con quien Carlos había colaborado durante su rectoría en la UAM, antes de ingresar como Secretario a El Colegio Nacional. En esos tiempos fue fácil establecer una serie no periódica pero frecuente de reuniones familiares y hogareñas de los tres amigos (Fernando, Carlos y yo), casi siempre amenizadas por la predecible, inevitable y muy disfrutable propensión de Carlos a cantar a la menor provocación (o sin ella).

La parte no musical de esas reuniones (durante la copa y la cena), también era deliciosa, con Carlos chisporroteando ideas y comentarios sobre toda clase de asuntos culturales y Fernando ofreciendo breves pero agudas observaciones al respecto, subrayadas por mi silencio regocijado y aprobatorio. El ángulo culinario fue cubierto con maravillas por Alicia Salmerón y por mi esposa, cuando a cada una le llegó el turno.

De todo esto hablamos hoy mi esposa, mi hija y yo con Carlos. Pero también del problema de los indios de México, del EZLN, del proyecto de ley de la COCOPA, de la reforma fiscal, de la ausencia de un proyecto cultural para México, del impuesto del IVA a los libros, a las medicinas y a la comida. Juntos hicimos cálculos, usando las cifras oficiales, y concluimos que si se elimina la tasa cero a los artículos de consumo los pobres de México van a ser más pobres, a pesar de que el gobierno planea darles a cinco millones de familias muy pobres poco más de cien pesos mensuales, o sea que para una familia de

cinco miembros el ingreso adicional a su salario (antes de considerar el aumento en los impuestos) sería de veinte centavos por miembro. Éste es un insulto para todo el país: para los pobres, porque pretender que se les está favoreciendo cuando en realidad se les está imponiendo una carga más para beneficiar a empresarios, banqueros y comerciantes es pura demagogia populista, y para toda la gente pensante, pobres o no, porque es sugerir que no tenemos la capacidad de ver a dónde vamos a través de la transparente cortina de afirmaciones gratuitas y de palabrería inspirada en la mercadotecnia comercial más barata. La ausencia de un proyecto cultural para el país también ocupó nuestra conversación, que tuvo que interrumpirse porque Carlos tenía otros compromisos. Nos despedimos haciendo planes sinceros y entusiastas para repetir nuestros encuentros con mayor frecuencia, pero sabiendo muy bien que las oportunidades de hacerlo no serán muchas, porque Carlos está cada vez más ocupado, su agenda parece directorio telefónico y su presencia es requerida por numerosas actividades literarias, académicas y culturales tanto en el país como en el extranjero. Así debe ser, y nosotros somos los primeros en apreciarlo y en aplaudirlo, disfrutando a la distancia su merecido éxito como escritor y como intelectual comprometido con el progreso de México. Y, en no menor medida, su calidad como cantante, que pronto podrá ser apreciada por un público más amplio, pues Carlos ya está grabando para lanzar su voz al mercado en un par de CD's.

CARLOS MONTEMAYOR Y LA GUERRILLA EN MÉXICO

Es de elemental justicia advertir al amable lector de estas líneas que soy antiguo y buen amigo personal del autor del libro que comento. Mi trato de años con Carlos Montemayor ha enriquecido mi vida generosamente; en él siempre he admirado su profunda vocación literaria, su riguroso profesionalismo en el manejo del castellano, su fácil e insaciable vena poética, su amor por otras lenguas y su fidelidad para traducirlas, pero sobre todo su espíritu amplio y receptivo, permanentemente abierto a cualquier expresión genuina de nuestra condición hu-

mana. Considero que esta advertencia debe preceder a todo lo que sigue, porque como en buena parte es elogioso, si yo no lo digo de entrada y el amable lector lo descubre por su cuenta, podría con toda razón poner en tela de juicio la objetividad de mis comentarios. De hecho, confieso que yo mismo no estoy convencido de que sean objetivos, lo que tampoco creo que les reste validez, porque la objetividad completa no es ni nunca ha sido una característica sobresaliente del ser humano.

Desde hace muchos meses (años) Carlos venía hablándonos de “su novela”. Al principio tímidamente (no mucho, porque Carlos no es tímido) y con cierta reticencia, después con más apertura, y finalmente en forma casi obsesiva. Desde el principio supe que el relato tenía que ver con la guerrilla en México en los años setenta, que buena parte de la trama se desarrollaría en la sierra del estado de Guerrero, que Lucio Cabañas sería uno de los personajes centrales y que el ejército mexicano sería el otro. Durante largas temporadas Carlos desaparecía para regresar a nuestros encuentros tostado por el sol, con los ojos brillantes y su ancha sonrisa, diciendo suavemente, como en secreto: “Estuve en la sierra...”. La investigación sobre la guerrilla de los años setenta no sólo se desarrolló en la montaña, sino también en archivos y hemerotecas, así como en los recuerdos de muchos de los participantes directos en la epopeya. Carlos se enfrentó con una maraña tejida con todo: recuerdos, hechos, leyendas, mitos y mentiras; además, la maraña

estaba mezclada con miedo y con silencio, con parsimonia y desconfianza, con rencor y con olvido. Armado de una paciencia infinita, con actitud suave pero persistente, Carlos logró abrirse un caminito que al principio lo llevó a muchas desilusiones y bocas cerradas, pero que al final le permitió subir a la sierra de Atoyac y hablar con los campesinos, obtener de ellos su visión de la terrible tragedia.

Guerra en el Paraíso es una novela basada en un episodio real de la vida reciente de nuestro país. El episodio sólo se conoce a medias y nunca se conocerá completo, porque gran parte de la verdad se oculta en archivos militares a los que nadie que no pertenezca al ejército tiene acceso. Pero *Guerra en el Paraíso* es quizá la mejor aproximación que hasta hoy se tiene sobre lo que ocurrió entonces. En vista del tema, hubiera sido fácil tratarlo como un reportaje, dándole la dinámica y la vehemencia que caracteriza al periodismo. Pero Carlos Montemayor ha escrito una novela, no un reportaje. La estructura de la obra, una serie de estampas más o menos breves que se van alternando desde el principio hasta el fin, muchas con diálogo realista y entrecortado, le dan un carácter ágil y fácil de leer. Además, el espíritu poético de Carlos asoma en sus descripciones de la sierra, del clima, de la vegetación, de la muerte. La historia se va integrando conforme el lector avanza de una viñeta a la siguiente, alternando episodios tranquilos con otros bárbaramente crueles, conversaciones políticas con emboscadas noc-



Con Alf Chumacero

turnas, aguaceros torrenciales con soles incandescentes, estoicismos épicos con traiciones arteras. No es una novela para espíritus delicados: las descripciones de la bestialidad más atroz de la que es capaz el *Homo sapiens* no sólo son detalladas sino numerosas. La guerra es infernal y Carlos escribe sobre ella como es, con toda su crueldad ciega y destructiva, con toda su barbarie salvaje.

Hay muchas páginas memorables en *Guerra en el Paraíso*, pero yo sólo mencionaré tres episodios que me impresionaron más que el resto del libro por su fuerza literaria y por su verosimilitud dentro del tejido de la novela. El primero es el senador Figueroa contemplando desde una terraza la imagen nocturna de la bahía de Acapulco, después de haber sido rescatado de su secuestro por Lucio Cabañas antes de que fuera gobernador del estado de Guerrero; los pensamientos, las sensaciones y las emociones del senador están descritos con tal discreción y maestría que el lector se convence de que así debería haber sido, de que así fue. El segundo es una cena en un comedor privado del Casino Militar, a la que asisten varios personajes de la milicia y en donde se discute el significado real *versus* el político de la guerrilla; hay un general viejo y medio filósofo cuyas reflexiones sobre la identidad real del enemigo en ese conflicto armado (“...nosotros decimos que estamos protegiendo al pueblo, pero resulta que ahora el enemigo es el pueblo mismo...”) son inolvidables. Para mi gusto, éste es uno de los mejores y más logrados episodios de *Guerra en el Paraíso*, porque siendo totalmente ficticio tiene la fuerza de la realidad. El tercero es la muerte de Lucio Cabañas en una emboscada, con lo que termina el libro; tanto el episodio como el texto me recordaron la esencia de las tragedias griegas, en las que a pesar de todos los esfuerzos, de todos los trabajos y de todas las virtudes del héroe, el destino se cumple inexorablemente.

Carlos ha comentado que en su novela intentó alejarse todo lo posible de un maniqueísmo demasiado esquemático, que en *Guerra en el Paraíso* no hay ni “buenos” ni “malos”, como no los hay, para los observadores neutrales, en ninguna otra. Aquí el problema, como en cualquier guerra, es que no hay observadores neutrales. Desde luego, Carlos no lo es, ni yo tampoco, ni sus militares, sus campesinos, sus maestros guerrilleros, sus miembros del Partido Comunista, sus políticos, sus policías judiciales, sus traidores, sus héroes. Leyendo *Guerra en el Paraíso* todos tomamos partido no por lo que cuenta la novela sino por lo que recordamos y creemos saber de la Liga 23 de septiembre, del Comité de Huelga del 68 y la Plaza de las Tres Culturas, de Lucio Cabañas y sus guerrilleros. Carlos repasa una época reciente y una historia que polarizó a la sociedad mexicana en dos posturas extremas: los que estaban del lado de la ley y del orden, y los que estábamos por el cambio y la verdadera democratización de la vida pública. *Guerra en el Paraíso*

no es una denuncia ni mucho menos un mensaje ideológico; es, como ya he dicho, una novela. Pero como es una muy buena novela está fielmente basada en la realidad (de hecho, yo creo que es mejor que la realidad), y sus lectores también pertenecemos a este mundo. Desafío a cualquier amable lector a que lea *Guerra en el Paraíso* y logre conservarse neutral en relación con el conflicto; si por sus venas circula sangre verdadera seguramente que antes de las primeras diez páginas ya habrá tomado partido. Incluso estaría dispuesto a apostar que si por sus venas circula atole también tomará partido, aunque quizá le cueste veinte páginas.

Nota bene. Cuando le dije a Carlos que en su novela los “buenos” eran los campesinos y los “malos” eran los militares, me contestó sonriendo: “Pero los soldados también eran campesinos, sólo que con uniformes...”. En otra ocasión, en que comenté con Carlos una de sus viñetas más crueles (los pozos en los que se arrojaban los cadáveres de los guerrilleros y sus partidarios, que morían en las mazmorras infernales de los separos policia-cos de Acapulco), me dijo: “Ahí estuve, a cien metros de La Costera, con algunos agentes judiciales que participaron en más de uno de esos entierros macabros”. Desde el bordo de los pozos se veían las luces de los grandes hoteles y edificios que siguen el dibujo maravilloso de la bahía más hermosa del mundo. Tengo muchos otros comentarios sobre el libro *Guerra en el Paraíso*, pero ya sólo haré uno más: se trata de una historia casi sin mujeres y carente por completo del toque amoroso. El elemento femenino sólo está representado por el nombre (clandestino) de varias guerrilleras y la presencia de algunas madres campesinas; la guerra es asunto de hombres, como podía esperarse en una novela que pretende recrear la realidad de un país machista como México. Aquí el libro de Carlos se aleja de la realidad, o por lo menos eso espero. Me gustaría creer que un hombre joven como Lucio Cabañas era sensible a la belleza femenina, que detrás de algunos de los episodios de la cruenta lucha guerrillera hubo motivaciones más eróticas que ideológicas, que a pesar de su deslumbramiento ideológico los guerrilleros seguían siendo hombres, y que a pesar de la disciplina militar y de sus uniformes los soldados también seguían siendo seres humanos.

Recomiendo al amable lector que incluya *Guerra en el Paraíso* entre sus proyectos más próximos. Repito que no es un libro de lectura rápida y que sus conclusiones dependen más del tipo de usuario que lo lea que del autor. Y quisiera terminar esta nota insistiendo en que *Guerra en el Paraíso* es, en mi opinión, uno de los libros más bien escritos y más importantes de nuestra generación, y por lo tanto de todas las generaciones por venir.

Carlos Montemayor, *Guerra en el Paraíso*, Diana, México, 1991. Texto publicado en la *Revista de la Universidad de México*, número 487, agosto de 1991.